

# Monólogo introductorio en forma de autoentrevista\*

Luis Rosado Vega

Al Lic. Delio Moreno Cantón, poeta

Dedico a usted este libro, primer aliento de mi espíritu temeroso, por razones que son para dichas, maguer al propalarlas resulte aguijoneando los enconos de muchas gentes, que esto de azuzar en mi contra rencores y animadversiones; cuando de decir verdades se trata, no deja en mí la menor huella de cuidado.

No dedico á usted este legajo de versos impulsado por la creencia de que mi labor, si labor puede llamarse lo que he hecho, merece ir dirigida á persona tan ilustrada, tan inteligente y tan buena como usted. Precisamente porque éste que llamaremos libro, no tiene los merecimientos que yo quisiera, opto por dedicarlo á una persona indulgente; convencido hasta la saciedad del poco ó ningún valer de esta obra, la pongo bajo su amparo, porque sé que en usted encontraré al alentador que lleva siempre en los labios una frase de estímulo, al

bondadoso consejero ó hasta, en último caso, al que perdona, si todo lo que se le presenta es pecado.

Quiero explicarme con mayor claridad.

Abundan en la profesión literaria, como usted perfectamente sabe, espíritus eminentemente hostiles para todo aquello que no se elabora en su sensorio, ó cuando menos, que no se ajusta en un todo á los moldes por ellos preferidos. Digamos, hostiles a toda producción que no lleve como el sello de su fábrica. Esta es una verdad que aplasta.

Espíritus que, ó por tisis intelectual ó ocaso por un personalismo abominable y repugnante, dan en la pretenciosa idea de que sólo su modo de percibir y expresar las diversas sensaciones de la vida es el aceptable; y que fuera de lo que sus ojos ven, ó no existen otros horizontes, ó si los hay no merecen tomarse en cuenta más que para una olímpica mirada

\* Este texto se publicó como Introducción al libro de poemas *Sensaciones*, Casa Editorial de E. Sánchez, México, D.F. 1902.

de desdén, ó á veces para un ultraje de taberna. Respecto de esto último, son testimonio irrecusable muchos de los que hoy hacen de críticos.

Si por estrechuras de caletre es por lo que se creen, ¡oh ironía! los directores de las falanges literarias, se me hacen iguales al provinciano ignorante que no habiendo salido jamás de su aldehuela, se imagina que fuera de ésta no hay otra, ó que dado caso de haberla, no puede llegar a la belleza y al progreso de la suya.

Si es por lo segundo, es decir, por personalistas, resultan unos insufribles pedantes, y como entonces ya no tienen la disculpa de la ignorancia, que hasta cierto punto les daría una triste irresponsabilidad, pido para ellos las hogueras neronianas y los potros de la Inquisición. Para los espíritus malos, para las almas perversas erizadas de egoísmo, no debe haber, en llegando al castigo, ni términos medios ni compasiones, que éstas, lejos de corregir, estimulan con la impunidad á esos seres perfectamente malos, á proseguir su negra labor.

Sea en su fin, por una causa ó por la otra, el hecho es que discurren por todas partes creyendo llevar en los *divinos* labios la palabra de la verdad, predicando como las únicas santas las doctrinas que profesan, queriendo con toda clase de armas crueles deshacer entuertos, á veces imaginarios, y hasta arremetiendo con furias de infierno á todos los que caen en el

mortal pecado de no resignarse á lo que disponen sus Majestades: Vistos, en fin, con ojos no enfermos, resultan otros tantos Caballeros Manchegos de los campos literarios.

Y tan á lo serio toman la absorbente tarea de hacer prevalecer sobre todas las cosas sus credos y sus dioses, que cuasi cuasi llegan á la manía de creerse Pontífices y Emperadores.

Entiéndase aquí que no me refiero á escuela ó bando literario determinado. Creo que todos tienen soldados que saben honrar su bandera; apóstoles que predicán virtuosamente su religión. Pero también creo que, desgraciadamente, todos abundan esos espíritus agresivos y orgullosos, que levantan su enseña con manos ensangrentadas, no por haberla defendido, sino por pretender clavarla en ajenos dominios.

Y si para esos seres que hacen de la intransigencia una doctrina, resulta bueno hasta lo malo ¿qué será en manos de ellos este libro, que no encierra más que desaliñamientos, defectuosos versos que no tengo la pretensión de creer que formen en las filas de tal ó cual escuela; que los he escrito tal como los he sentido, y únicamente así, por no serme lícito engalanarlos con arreos resplandecientes y mantos de oro y púrpura, toda vez que mi pobreza intelectual no me permite tales lujos?...

—¿Por qué entonces los publica, si está convencido de su defectuosidad? —me dirá algún malévolo.

Y yo le contestaré: —Por la misma razón por la cual ha pecado usted alguna vez conscientemente, quizá impulsado tan solo por su misma naturaleza humana, propensa á todos los errores; y por último, porque por más malos que sean, son versos míos, y si no tengo derecho á pedir un aplauso para ellos, sí lo tengo, y muy grande, para quererlos, y por ende, para lanzarlos al mundo en la forma que más cuadre á ese cariño, aunque bien se merezcan muchos vapuleos.

Y aquí, á despecho de su modestia exagerada, y á trueque quizá de proporcionarle un disgusto y una mortificación, hago entrar su interesante personalidad como artistas y como hombre.

Usted [como usted otros muy pocos,] es el reverso de esas almas torturadas por el egoísmo, por la ignorancia, por el orgullo, ó por todo junto.

Hombre bueno, hombre bellamente ingenuo, espíritu sin asperezas ni pasiones, y con seguridad mucho más intelectual que todos aquellos exigentes escandalosos, que todas aquellas almas absorbentes para las que no hay más ruta posible que la suya, sabe que es factible encontrar bellezas en las más disímbolas expresiones del pensamiento; sabe que cualquiera que sea el género, puede encontrarse, si mucho malo, también mucho bueno, y cuando lo primero, su mano es la mano generosa que no busca las heridas para enconarlas á fuerza de



puñetazos, sino para curarlas, suavemente; y cuando lo segundo, el aplauso surge de usted espontáneo, honrado, sin trabas de bandería ni de odiosos egoísmos.

De amplísimo criterio, de vasta y vigorosa ilustración, de natural inteligencia bien cultivada y dirigida, de gran talento no mistificado por esas pedanterías de pacotilla, su jardín de artista no es el emprobrecido que

cuenta solamente con determinada especie de flores; en su cerebro, en fin, hay pluralidad de luminosos horizontes, y no porque alguno de estos despierte en usted mejores impresiones, niegue el esplendor de los demás.

Así á veces le vemos celebrar producciones que no se acomodan á sus cánones literarios, porque á pesar de esto ha creído descubrir en ellos alguna belleza, y porque con más positiva cultura y más positiva honradez que aquellos que se hacen de Todopoderosos, sabe que las ideas no fueron ni serán nunca serviles esclavas de moldes determinados; porque sabe, en suma, que la libertad es la primera facultad divina de los espíritus y que éstos, por consiguiente, no están obligados á externarse de una sola manera.

Y ¡claro! resulta usted más refinado, más verdadero esteta que muchos que parecen serlo muy grandes, vistos á través de sus inmensas pretensiones, como una figurilla tras de cristales de mucho aumento. Usted sabe que hay bellezas así en las tonalidades luminosas de un cielo de primavera, como en los irizamientos y fulgencias de una obra de joyería en el orfebre, algunas veces sin tener para nada en cuenta las hermosuras de la naturaleza, hace algo supremamente bello, combinando matices y colores.

¿Qué opina usted en cambio, de esos preponderantes estetas..... relativos; de esos estetas..... tuertos?

Dirán muchos que no puedo sen-

tar antecedentes más antipáticos escribiendo estas cosas en un libro que por muchas razones necesita de grandes indulgencias.

Lo comprendo; pero también es verdad que esas indulgencias sólo las deseo de las gentes buenas, de las almas honradas y sensatas. Las que tienen á bien dispensar las almas pervertidas por la vanidad, por el egoísmo ú otras *virtudes* semejantes, cuestan muy caras (á veces se pagan á peso de oro,) ó resultan desdeñosas compasiones que por lo regular rebajan á aquel á quien se dispensan.

Repito, pues, á despecho de muchos, que son muy pocos los que como usted disfrutan de una verdadera intelectualidad, serena, madura, conciliadora, brillante, no obscurecida por negros nubarrones, no flagelada por tempestades de orgullo y de egoísmo, y sí adunada á un corazón generoso como hay raros ejemplos, á un alma buena, á un alma superior.

Por esto último, probablemente por las dos cosas juntas, la censura en sus labios resulta consejo saludable, palabra que persuade por la intención sana que la impulsa.

Y por esto, porque mis desmañados versos necesitan en abundancia de esa benevolencia, de ese consejo, los pongo bajo amparo, seguro de que no encontrarán en manos de usted la disciplina del dómine pedante y apolillado, sino una enseñanza cariñosa y necesaria.